



#### UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

El antiguo Colegio Civil, convertido en edificio principal de la Universidad, ostentó entre el 3 y el 7 de diciembre de 1956 un letrero que testimoniaba simultáneamente la celebración del primer centenario de la institución y el que en ella se reunía el Séptimo Congreso Nacional de Sociología, primero dedicado a la Sociología Urbana.

### LA SOCIALIZACIÓN DE LAS CIUDADES \*

Por el Dr. Lucio MENDIETA Y NÚÑEZ,  
Director del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México. Director de la Revista Mexicana de Sociología. Presidente de la Asociación Mexicana de Sociología correspondiente de la Asociación Internacional de Sociología de la UNESCO.

La Asociación Mexicana de Sociología, correspondiente de la Asociación Internacional de Sociología de la UNESCO, se ha venido preocupando, desde que fue fundada en 1949, por llamar la atención a los gobiernos y de los estudiosos sobre la dimensión social de los varios aspectos de la vida individual y colectiva. Parece mentira, pero, en realidad, los hombres que viven en sociedad y quienes en ésta ejercen el dominio político, olvidan a menudo el lado humano de las cosas y a ese olvido se deben, en gran parte, los sufrimientos y las miserias del mundo.

Lo que con el nombre de educación, por ejemplo, se imparte en las escuelas oficiales de la mayoría de los países de cultura occidental, desde el jardín de niños hasta las escuelas profesionales y las más altas especializaciones de la ciencia y de la técnica, no es educación puesto que ésta tiende a conformar y a equilibrar el comportamiento de los seres humanos que llevan existencia societaria, sino instrucción, es decir, fría enseñanza de conocimientos que sólo han servido para formar, en muchos casos, sabios egoístas y científicos sin corazón y sin conciencia. ¿Pues de qué otro modo podría explicarse esa creación monstruosa que es la bomba atómica? Solamente especialistas de las

\* Discurso pronunciado por su autor en el acto solemne inaugural del Séptimo Congreso Nacional de Sociología, en el Aula Magna de la Universidad de Nuevo León (Monterrey, N. L., 3 de diciembre de 1956).

llamadas ciencias exactas, ensoberbecidos por su sabiduría, pudieron poner sus cerebros al servicio de los poderosos para fabricar esa arma diabólica a sabiendas de que está destinada a destruir, en unos cuantos minutos, ciudades enteras en las que perecerán niños, mujeres y ancianos indefensos en horribles catástrofes que no podrán justificarse jamás. Es que las escuelas y las universidades, que son las más elevadas expresiones de la cultura de Occidente, han olvidado el aspecto social de la educación y sólo pueden dotar a quienes pasan por ellas, de una suma de disciplinas constitutivas de un saber amoral que fácilmente se convierte en inmoral en algunos pequeños intelectos por el incentivo de la fácil ganancia y en algunos grandes, por el orgullo de arrancar secretos a la Naturaleza inviolable.

Pensemos, si no, en que la construcción de la bomba atómica habría sido imposible si los sabios y los técnicos a quienes se les encomendara, respondiendo a imperativos éticos o religiosos o a un simple sentimiento humanitario y de responsabilidad, adquiridos en el seno de la familia y fortificados y esclarecidos en la escuela, se hubiesen negado a construirla, del propio modo que el médico honrado se niega a hacer uso de sus conocimientos y habilidades en la realización de actos opuestos a la ética profesional. ¿Y, qué cosa más contraria a la moral del científico que la fabricación de un arma que no se usa en los campos de batalla, entre ejércitos, frente a frente, con fines de ataque y de defensa, sino sobre las ciudades y a mansalva para cometer con ella verdaderos genocidios?

Si, de la esfera de la educación y de la ciencia, pasamos a los campos del Derecho, hallamos que, a pesar de su carácter de disciplina eminentemente social, no pasa de ser, en las sociedades modernas, otra cosa que un instrumento de dominio en manos de los poderosos. Todavía en pleno siglo xx es cierta la sentencia del griego Trasímaco, pronunciada quince siglos antes de Jesucristo, según la cual "lo justo es lo que conviene al más fuerte" y perdura el eco de las frases de Protágoras, quien afirmaba que "la legislación depende de los intereses de la clase dominante".

Y ¿qué decir de la Economía, sino lo que ya hemos afirmado en otra ocasión, o sea que es una organización de intereses que acrecienta la riqueza de los ricos y empobrece cada día más a los pobres, porque está estructurada con objeto de mantener la preeminencia de las clases privilegiadas?

Pero no sólo en éstas y en otras actividades del hombre se advierte el olvido de lo social; dicho olvido también se manifiesta en las más concretas formas de la vida colectiva, como son la casa habitación y la ciudad, es decir, en los mismos lugares en que se desarrolla la existencia de la familia y la de aquella parte de la población de todos los países que ostenta los más altos signos de la civilización y de la cultura. Pues, en efecto, el hogar de los pobres,

que son la mayoría en las urbes modernas, en vez de construirse para procurar el pleno desarrollo del núcleo familiar, parece estar hecho con el propósito de destruirlo, por su falta de higiene, de comodidad y de belleza y las ciudades se convierten cada vez más en aglomeraciones caóticas donde brilla el orgullo de los potentados en las zonas residenciales y en algunas la vanidad de las autocracias en las grandes avenidas y en las plazas públicas, a la par que la miseria lacerante de los barrios populares.

Contra este desprecio de lo social en el mundo civilizado, se ha venido acrecentando, especialmente desde fines del siglo xix, un movimiento de socialización de la educación y de la cultura que pretende ponerlas al alcance de todos y dotarlas de hondo sentido cívico y humano: de socialización del Derecho, que quiere convertirlo de simple instrumento de orden que es lo que en la hora presente parece ser, en último análisis, su única justificación, en poderoso factor de equilibrio de los intereses colectivos sin menoscabo de las libertades individuales, en clara expresión de la justicia social. Y, por último, ese movimiento de que hablamos pretende la socialización de la economía propugnando una equitativa distribución de la riqueza sin llegar a los extremos comunizantes, pero apartándose de los abusos del capitalismo, y quiere la socialización de los campos y de las ciudades, entendiendo por tal la extensión de los beneficios de la ciencia y de la técnica, del arte y de la organización social, lo mismo a la clase media y a la popular de las urbes y de las grandes metrópolis que al proletariado campesino.

Podría creerse que todo esto no son sino ilusiones y buenos deseos, o posturas demagógicas, pero lo cierto es que las aludidas tendencias figuran en la Declaración de los Derechos del Hombre y, como principios jurídicos fundamentales, en las constituciones modernas de varios países de Europa y de América.

Pero las proyecciones pragmáticas de este gran movimiento socializante parten o deben partir, para resultar eficaces, de una base científica que no puede ser otra que la Sociología en sus materias correlativas: Sociología de la Educación, Sociología del Derecho, Sociología de la Economía, Sociología Rural, Sociología Urbana. A esto se debe que el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, en íntima colaboración con la Asociación Mexicana de Sociología, haya aceptado, de acuerdo con la UNESCO, la tarea de dar vida y animación, en México, a la corriente socializadora del pensamiento moderno. Con este propósito, viene organizando, cada año, Congresos que tienen por objeto, entre otras cosas, demostrar la importancia de lo que hemos llamado la dimensión social en todas las cuestiones relacionadas con la vida individual y colectiva. Así, aparte de los Congresos

reunidos en la ciudad de México y en la de Guadalajara, los años de 1950 y 1951 respectivamente, en los que se trataron temas de Sociología en general, celebró uno en esta ciudad de Monterrey sobre Sociología Criminal, otro en la capital de la República sobre Sociología de la Educación, uno más en la ciudad de Guanajuato sobre Sociología de la Economía; sobre Sociología Rural en la ciudad de Morelia, y ahora nuevamente bajo los auspicios del progresista gobierno y de la brillante Universidad del Estado de Nuevo León, éste a cuya iniciación de trabajos asistimos, que versará exclusivamente sobre Sociología Urbana. En verdad esta reunión es consecuencia necesaria del Congreso de Sociología Rural ya mencionado, puesto que lo rural y lo urbano están íntimamente relacionados desde que la población del mundo se divide, forzosamente, en dos grandes sectores: el constituido por los que viven en el campo y el de quienes habitan en las ciudades, los cuales se encuentran, sin embargo, íntimamente vinculados y en relaciones continuas.

No siempre fue así, pues durante muchos siglos la humanidad vivió solamente en el campo. Según G. T. Renner, "el hombre necesitó medio millón de años para aprender a construir una cabaña como refugio contra los elementos, otros cien mil años para agrupar sus cabañas en aldeas".

Las concentraciones urbanas embrionarias surgen como consecuencia de la guerra: en un principio se formaron con fines de defensa, para reunir en relativamente pequeños espacios territoriales fortificados al mayor número de personas que huían de sus moradas rurales tratando de ponerse a salvo del ataque de pueblos enemigos. Más tarde influyeron otros factores en el nacimiento y desarrollo de las ciudades, tales como la cooperación, el comercio, la fuerza militar y política, la religión, la naturaleza del terreno, su fertilidad, su potencia económica, su situación geográfica.

Según los sociólogos estadounidenses Stuart A. Queen y Lewis F. Thomas, las ciudades que merecen ese nombre llegan a configurarse 2 500 años antes de la era cristiana en los valles del Nilo, del Tigris y del Éufrates, siendo la más antigua la ciudad amurallada de Menfis.

Los mismos autores dicen que mientras se constituían las grandes urbes de Egipto, en Babilonia, en la India, Europa estaba habitada por pueblos pastorales nómadas que vivían en pequeñas comunidades.

Las primeras ciudades europeas se formaron en el Mediterráneo y en el Mar Egeo y llegaron a alcanzar notables proporciones, pues Grecia tenía varias de más de cien mil habitantes; la población de Cartago era de setecientas mil personas y la de Roma de un millón, que vivían en hacinamiento caótico señalado por varios autores como una de las causas de su decadencia.

A raíz de la desintegración del mundo grecorromano, aparecen los burgos

feudales del Medioevo, que no corresponden propiamente al concepto sociológico de ciudad, porque son apenas pequeñas poblaciones erigidas en torno de un castillo, en donde residía el príncipe, señor de armas, quien se hacía pagar por los súbditos la protección que les dispensaba.

Las cruzadas intensificaron en la Edad Media el comercio y el contacto entre pueblos diferentes y así estimularon el desarrollo de las ciudades europeas, que fueron surgiendo lentamente como resultado de concentraciones políticas y de incentivos comerciales.

Pero la ciudad no empieza a cobrar importancia en la vida de las sociedades humanas sino a partir de la llamada revolución industrial que aumentó el número de las grandes urbes y determinó el crecimiento desmedido de las que ya existían. De hecho, dicen Queen y Thomas, el movimiento no fue solo industrial, se realizó también una revolución en la agricultura, en los transportes, en las comunicaciones, en el control social, en la urbanización.

La evolución de las ciudades no fue rápida, pues, según los sociólogos Woytinsky, había en el mundo, en el año de 1800, sólo 36 de más de cien mil habitantes; la única ciudad grande de América era México, que reunía 130 000. La población de todas las ciudades importantes hacía un total de 11.5 millones, o sea el 1.3 % de la población mundial. Un poco más de un siglo después, en 1930, había aproximadamente 700 ciudades de más de 100 000 habitantes, con un total de 243 millones, o sea el 11 % de todos los pobladores de la tierra. Actualmente las urbes de 100 000 personas son muy numerosas: 57 tienen de medio a un millón, y 40 más de un millón. Algunas han crecido monstruosamente, como Nueva York y Londres, con cerca de 10 000 000 de habitantes, y Buenos Aires, París, Berlín, Chicago, con aproximadamente 5 000 000.

Podrían saludarse estas formidables concentraciones urbanas como signos de progreso y de bienestar de la humanidad, si no fuese porque se ha realizado y siguen realizándose con extraordinaria velocidad y sin ajustar a una planificación previa, lo que origina problemas de convivencia sumamente graves. Esta dualidad positiva y negativa atrae sobre las urbes los más grandes elogios y los peores vituperios. Se han escrito libros, refieren Queen y Thomas, sobre "La vergüenza de las ciudades", "La ciudad, esperanza de la democracia"; se les ha llamado "vanguardias de la civilización" y, otras veces, "borrones del paisaje". D. H. Lawrence describe las ciudades inglesas como "grandes manchas informes sobre el país, de repugnante mezquindad. Los ingleses —agrega— son aves de ciudad, sin embargo, no saben construirla ni imaginarla ni vivir en ella. Son suburbanos, habitantes de un falso tipo de *cottage* y no genuinamente urbanos... Tal vez hayan progresado mental y espiritualmente, pero como habitantes de ciudades magníficas poseen menos dignidad que los conejos".